

PENSAMIENTO EDUCATIVO VIVO

APORTE DE PLATÓN (427-347 a.C)



Platón, detalle de *La Escuela de Atenas*, pintura al fresco de Rafael Sanzio (siglo XVI, Museo del Vaticano).

LA REPÚBLICA

Fragmentos de este libro de Platón escrito en forma de diálogos, uno de cuyos personajes es su maestro Sócrates. En el pensamiento platónico "guardianes" son los conductores del Estado, los gobernantes, que deben ser seleccionados para realizar tan encumbradas funciones.

Libro II

- Digamos, pues, con confianza del hombre que, para ser suave con los que conoce y que son sus amigos, es preciso que tenga un carácter filosófico ansioso de conocimiento.
- Sea así.
- Y, por consiguiente, que un buen guardián del Estado debe tener, además de valor, fuerza y actividad, filosofía.
- Convengo en ello.
- Tal será el carácter de nuestros guerreros. Pero, ¿de qué manera formaremos su espíritu y su cuerpo? Examinemos antes si esta indagación puede conducirnos al fin de nuestra polémica, que es el conocer cómo la justicia y la injusticia nacen en la sociedad, para no despreciar este dato, si puede servir, o para omitirle, si es inútil.
- Creo –replicó el hermano de Glaucón- que esta indagación contribuirá mucho al descubrimiento de lo que buscamos.
- Entremos en este examen, mi querido Adimanto, aunque sea operación larga.
- Seguramente.
- Formemos nuestros guerreros a nuestro gusto y en forma de conversación.
- Así me place.
- ¿Qué educación conviene darles? Es difícil a mi juicio darles otra mejor que la que está en práctica entre nosotros, y que consiste en formar el cuerpo mediante la gimnasia y el alma mediante a música.
- En efecto, es difícil otra mejor.
- ¿Comenzaremos su educación por la música más bien que por la gimnasia?
- Sin duda.
- Los discursos, al parecer, ¿son una parte de la música?
- Sí.
- Y los hay de dos clases, unos verdaderos, otros falsos.
- Sí.
- Entrarán unos y otros igualmente en nuestro plan de educación comenzando por los discursos falsos.
-
- No comprendo tu pensamiento.

- ¡Qué! ¿No sabes que lo primero que se hace con los niños es contarles fábulas, y que aun cuando se encuentre en ellas a veces algo de verdadero, no son ordinariamente más que un tejido de mentiras? Con ellas se entretiene a los niños hasta que se le envía al gimnasio.
- Es cierto.
- Esta es la razón que tuve para decir que era preciso comenzar su educación con la música.
- Tienes razón.
- Tampoco ignoras que todo depende del comienzo, sobre todo tratándose de los niños, porque en esta edad su alma, aún tierna, recibe fácilmente todas las impresiones que se quieran.
- Nada más cierto.
- ¿Llevaremos, por tanto, con paciencia que esté en manos de cualquiera contar indiferentemente toda clase de fábulas a los niños, y que su alma reciba impresiones contrarias en su mayor parte a las ideas que queremos que tengan en una edad más avanzada?
- Eso no debe consentirse.
- Comencemos, pues, ante todo por vigilar a los forjadores de fábulas. Escojamos las convenientes y desechemos las demás. En seguida comprometeremos a las nodrizas y a las madres a que entretengan a sus niños con los que escojan, y formen así sus almas con más cuidado que el que ponen para formar sus cuerpos. En cuanto a las fábulas que les cuentan hoy, deben desecharse en su mayor parte.
- ¿Qué fábulas?
- Juzgaremos de las pequeñas por las grandes porque todas están hechas por el mismo modelo y caminan al mismo fin. ¿No es cierto?
- Sí, pero no veo cuáles son esas grandes fábulas de que hablas.
- Las que Hesíodo, Homero y demás poetas han divulgado; porque los poetas, lo mismo los de ahora que los de los tiempos pasados, no hacen otra cosa que divertir al género humano con sus fábulas.
- Pero, ¿qué fábulas? ¿Y qué tienes que reprochar de ellas?
- Lo que merece serlo y mucho en esta especie de invenciones corruptoras.
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que nos representan a los dioses y a los héroes distintos de como son, como cuando un pintor hace retratos sin parecido.

Libro III

- Por consiguiente, la belleza, la armonía, la gracia y la medida del discurso son la expresión de la bondad del alma. Y no entiendo por esta palabra la estupidez, que con el fin de suavizar la expresión se llama inocentada, sino que entiendo el carácter de un alma, cuyas costumbres son verdaderamente bellas y buenas.
- Es cierto.
- Nuestros guerreros jóvenes, ¿no deben proponerse adquirir todas estas cualidades, si quieren cumplir sus deberes?
- Sin duda.
- Por lo menos, éste es el objeto de todas las artes, de la pintura, de la escultura, del grabado, de la arquitectura y de la naturaleza misma en la producción de las plantas y de los cuerpos. La gracia o la falta de gracia se encuentra en sus obras; y así como la falta de gracia, de medida y de armonía es la señal ordinaria de un mal espíritu y de un mal corazón, así las cualidades opuestas son la imagen y la expresión de un espíritu y de un corazón bien formados.
- Así es.
- ¿Bastará, pues, que vigilemos a los poetas, precisándoles a que nos presenten en sus versos un modelo de buenas costumbres, o no deberemos hacer nada de eso? ¿Será preciso que fijemos nuestras miradas sobre todos los demás artistas, para impedir que nos ofrezcan en pintura, en arquitectura o en cualquier otro género, obras que no tengan gracia, ni corrección, ni nobleza, ni proporciones? En cuanto a los que no pueden obrar de otra manera, ¿no deberemos prohibirles que trabajen en nuestra república por temor de que los encargados de la guarda de nuestro Estado, educados en medio de estas imágenes viciosas, como en malos pastos, y alimentándose, por decirlo así, cada momento con la vista de tales objetos, no contraigan al fin algún mal vicio en el alma, sin apercibirse de ello? ¿Nos interesa, por el contrario, buscar artistas hábiles, capaces de seguir la huella de la naturaleza de lo bello y de lo gracioso, a fin de que nuestros jóvenes, educados en medio de sus obras como en una atmósfera pura y sana, reciban sin cesar saludables impresiones por los ojos y por los oídos, y que desde la infancia se vean insensiblemente conducidos a imitar y amar lo bello, y a establecer entre éste y ellos mismos un perfecto acuerdo?
- Nada puede ser preferible a una educación semejante.
- ¿No es por esta misma razón, mi querido Glaucón, la música la parte principal de la educación, porque, insinuándose desde muy temprano en el alma, el número y la armonía se apoderan de ella, y consiguen que la gracia y lo bello entren como un resultado necesario en ella, siempre que se dé esta parte de educación como conviene darla, puesto que sucede todo lo contrario cuando se la desatiende? Y también porque, educado un joven cual conviene, en la música, advertirá con la mayor exactitud lo que haya de imperfecto y de defectuoso

en las obras de la naturaleza y el arte, y experimentará a su vista una impresión justa y penosa; alabará por la misma razón con entusiasmo la belleza que observe, le dará entrada en su alma, se alimentará con ella, y se esforzará por este medio en la virtud; mientras que en el caso opuesto mirará con desprecio y con aversión natural lo que encuentre de vicioso; y como esto sucederá desde la edad más tierna, antes de que le ilumine la luz de la razón, apenas haya ésta aparecido invadirá su alma, y él se unirá con ella mediante la relación secreta que la música habrá creado de antemano entre la razón y él. He aquí, a mi parecer, las ventajas que se buscan al educar a los niños en la música.

- En la misma forma que no podemos suponernos instruidos en la lectura mientras que no conozcamos perfectamente todas las letras elementales en todas sus combinaciones y en todas las palabras largas y breves, sin despreciar ninguna, y no nos dediquemos a reconocer por todas partes estas letras, porque de no saberlo así nunca llegaríamos a ser gramáticos...

- Es cierto.

- Lo mismo que si no conociésemos las letras en sí mismas, jamás podríamos reconocer su imagen representada en el agua y en los espejos, siendo lo uno y lo otro objeto de la misma ciencia y del mismo estudio...

- Sin contradicción.
- De la misma manera, en nombre de los dioses inmortales, ¿no podré decir que nunca seremos nosotros, ni serán los guerreros que nos proponemos formar, excelentes músicos, si no nos familiarizamos con la idea de la templanza, de la fuerza, de la generosidad, de la grandeza de alma y demás virtudes, hermanas de éstas, que se nos presentan en mil objetos diferentes; si no las distinguimos a primer golpe de vista, así como sus imágenes, dondequiera que estén, en grande o en pequeño, sin despreciar ninguna, persuadidos de que, cualquiera que sea la forma en que se presenten, son el objeto de la misma ciencia y del mismo estudio?
- No puede ser de otra manera.
- ¿Y no será el más alto de los espectáculos para el que quiera contemplarle, ver un alma y un cuerpo igualmente bellos, unidos entre sí, y en los que se encuentren todas las virtudes en un perfecto acuerdo?
- Sí, ciertamente.
- Pero lo que es muy bello es también muy digno de ser amado. [...]
- Después de la música, formaremos a nuestros jóvenes en la gimnasia.
- Sin duda.
- Es preciso que se consagren a ella seriamente desde muy temprano y por toda la vida. He aquí mi pensamiento sobre este punto; mira si es también el tuyo. No es, a mi parecer, el cuerpo, por bien constituido que esté, el que por

- su propia virtud hace al alma buena; por el contrario, el alma, cuando es buena, es la que da al cuerpo, por su propia virtud, toda perfección de que es susceptible; ¿qué te parece?
- Soy de tu dictamen.
- Si después de haber cultivado el alma con el mayor esmero, le encargamos que forme el cuerpo, contentándonos con indicarle de qué manera, para no extenderlo demasiado, ¿no obraremos bien?
- Sí.
- Ya hemos prohibido a nuestros guerreros la embriaguez, porque a nadie conviene menos embriagarse y no saber dónde se encuentra que al que está encargado de guardar la república. [...]
- La mejor gimnasia, ¿no es hermana de esa música sencilla de que hablamos hace un momento?
- ¿Cómo?
- Entiendo una gimnasia sencilla, moderada, tal como debe ser para los guerreros.
- ¿Y en qué consiste?
- En Homero lo puedes aprender. Sabes que en la mesa de sus héroes nunca se sirvieron bebidas, aunque estuviesen acampados en el Helesponto, ni viandas cocidas, sino sólo asadas, alimento cómodo para las gentes de guerra, a quienes les es más fácil hacer cocer inmediatamente al fuego sus viandas, que llevar consigo útiles de cocina.
- Convengo con ello.
- Tampoco creo que Homero haga mención de guisados; los atletas mismos ¿no saben que es preciso abstenerse de ellos, si quieren estar buenos?
- Lo saben, y efectivamente se abstienen de ellos.
- Si este género de vida te agrada, no aprobarás los festines de Siracusa, ni esta variedad de guisados tan de moda en Sicilia.
- No.
- Tampoco creerás que una joven corintia deba agradar a gentes que quieren gozar de una salud robusta.
- No.
- ¿Llevarás también a mal las golosinas tan estimadas de la pastelería ática?
- Sí.
- Puede decirse con razón que la multiplicidad de manjares es respecto a la gimnasia, lo que es para la música una melodía en que entran todos los tonos y todos los ritmos.
- Esa comparación es muy exacta.
- Aquí la variedad produce el desorden, y allí engendra la enfermedad. En la música, la sencillez hace al alma sabia; en la gimnasia, hace al cuerpo sano.
- Es muy cierto. [...]

- ¿Crees tú, mi querido Glaucón, como muchos otros se imaginan, que la música y la gimnasia han sido creadas, la una para formar el alma, la otra para formar el cuerpo?
- ¿Por qué me haces esta pregunta?
- Porque me parece que ambas han sido creadas para formar el alma principalmente.
- ¿Cómo?
- ¿Has tenido cuidado de observar las condiciones de carácter de los que durante toda su vida se consagran a la gimnasia y a la música?
- ¿Qué pasa con ellos?
- ¿Qué los unos son duros e intratables, y los otros blandos y afeminados?
- En efecto, he observado que los que únicamente se dedican a la gimnasia adquieren, por lo ordinario, mucha rudeza; y que los que sólo han cultivado la música tienen una suavidad que no les hace mucho honor.
- Y, sin embargo, semejante rudeza no puede darse sino en un carácter ardiente y lleno de fuego, que produciría el valor si estuviese bien cultivado; pero que cuando se hace demasiado tirante, degenera en dureza y brutalidad.
- Así lo pienso yo.
- ¿Y la dulzura no es señal de un carácter filosófico que, si se relaja demasiado, se convierte en excesiva suavidad, pero que si se le cultiva como es debido, se convierte en cortesía y dignidad? Es cierto.
- Pero nosotros queremos que nuestros guerreros reúnan estos dos caracteres.
- Sí.
- Es preciso, pues, buscar el medio de ponerlos en armonía.
- Sin duda.
- Porque el acuerdo entre ellos hace el alma a la vez valiente y moderada.
- Sí.
- Y su desacuerdo la hace cobarde y huraña.
- Sin duda.
- Cuando un hombre, dedicándose por entero a la música, sobre todo a las armonías dulces, suaves y lastimeras, la deja insinuarse y deslizarse suavemente en el alma por el canal del oído, y pasa toda su vida cantando y dejándose llevar por la belleza del canto, ¿no es cierto que el primer efecto de la música es dulcificar su valor, lo mismo que se ablanda el hierro, y aflojar esa tirantez que le inutilizaba antes y le hacía de difícil trato? Pero si continúa dedicándose a ella sin contenerse, ese mismo valor desaparece y se hunde poco a poco, y enerva su alma, no es ya más que un guerrero sin corazón.
- Tienes razón.

- Este efecto no tardará en producirse, si ha recibido de la naturaleza un alma floja. Si es, naturalmente, valiente, bien pronto su valor, al debilitarse, se hace arrebatado; el más pequeño motivo le irrita o le calma, y en lugar de ser valiente es testarudo, antojadizo y colérico.
 - Es cierto.
 - Que el mismo hombre se dedique a la gimnasia, que se ejercite, que coma mucho y que desprecie enteramente la música y la filosofía. ¿No adquirirá su cuerpo, al pronto, fuerzas? ¿No se hará atrevido, más valiente y más intrépido que antes?
 - Sin duda.
- Pero si no sabe más, si no tiene comunicación con las musas; y si su alma, aun cuando tenga algún deseo de aprender, no cultiva ninguna ciencia, ningún estudio, ninguna conversación, ni, en fin, parte alguna de la música, ¿no se hará insensiblemente débil, sordo y ciego, a causa del poco cuidado que pone en despertar, alimentar y desenvolver sus facultades?
- Así tiene que suceder.
- Pues, ahí tienes ya, enemigo de las letras y de las musas. No seguirá el camino de la convicción para llegar a los fines que se proponga; sino que, a manera de una bestia feroz, empleará en todas ocasiones la fuerza y la violencia. Vive en la ignorancia y en la rusticidad, y ajeno a la gracia y a la armonía.
 - Dices bien.
- Los dioses han hecho a los hombres el presente de la música y de la gimnasia, no con objeto de cultivar el alma y el cuerpo (porque si este último saca alguna ventaja, es sólo indirectamente); sino para cultivar el alma sola, y perfeccionar en ella la sabiduría y el valor, concertándolos, ya dándoles expansión, ya conteniéndolos dentro de justos límites.
 - Me parece bien.
 - El que ha llegado a encontrar el debido acuerdo entre estas dos artes, y las aplica como conviene a su alma, merece mucho más el nombre de músico y posee mejor la ciencia de las armonías que aquel que se limita a templar las cuerdas de su instrumento.
 - Sin duda, Sócrates.
 - ¿Podría subsistir, mi querido Claucón, nuestra república si no tiene a su cabeza a un hombre de este carácter que la gobierne?
 - No; es de absoluta necesidad una persona de tales condiciones.
 - Aquí tienes ya casi terminada la educación que ha de recibir nuestra juventud, porque sería inútil que nos extendiéramos ahora a todo lo relativo a la danza, a la caza y los combates ecuestres y gimnásticos. Es evidente que en todos estos puntos es preciso seguir los principios que hemos establecido, y que es fácil prescribir las reglas consiguientes. (Selección de textos: ERO).

Platón, *La República*, Lima, Editorial Universo, 1967, págs. 87-89, 110-121.